

ANTAM

Revista Ecoliteraria

Año 2. Número 2. Noviembre 2022



BÚHO
ELÉCTRICO

ANTAMI - REVISTA ECOLITERARIA / AÑO N^a2, N^o2
Ciudades Sostenibles y Cambio Climático

Autores: Tatiana Migliani, Javier Fontecilla, Marycielo Valdez, Kevin Collado, Ronald Polo, Sebastián Castro, Ximena Bocanegra, Sandra Sachahuamán, Maricielo Vera Odar, Maria Pia Monteverde

© Editorial Búho Eléctrico, 2022

Diseño y diagramación: Hernán Tello
Corrección: Rodrigo Revilla

Primera edición, noviembre 2022

Editado por:
Búho Eléctrico Editores S.A.C.
Calle López de Ayala 165 – San Borja
RUC: 20606860928

Ilustración de portada y contraportada (portada 1):
© Future Yann
Instagram: @futureyann

Aviso legal:

Los derechos de propiedad intelectual de los contenidos publicados en la presente revista pertenecen estrictamente a sus autores, así como la responsabilidad sobre la legitimidad e interpretación de los mismos. El contenido de esta revista puede ser reproducido de manera libre para fines educativos y artísticos.

Cualquier uso distinto deberá realizarse con el permiso de la editorial, en coordinación con los autores.

Si necesita ayuda para re-publicar nuestro contenido o quiere que difundamos alguna actividad que realizó a partir de las obras, por favor escribanos a:
editorialbuhoelectrico@gmail.com

ÍNDICE

Introducción

Cuentos cortos

Espejos

Tatiana Migliani

Un lugar en el mundo

Javier Fontecilla

Diario de Blancacha: una pata de veinte años

Marycielo Valdez

Incursión nocturna al jardín

Kevin Collado

Cuentos en serie

Viaje dorado - parte uno

Ronald Polo

Proyecto Terranova - 1.2

Sebastián Castro

Creación - Imaginando el futuro que queremos

(en alianza con *Lima Cómo Vamos*)

Una ciudad más humana

Ximena Bocanegra

Lima no es gris. Es verde esperanza

Sandra Sachahuamán

Jóvenes transformando el futuro

Maricielo Vera Odar

En busca del horizonte

Maria Pia Monteverde

INTRODUCCIÓN

En 2021 comenzó el recorrido de Búho Eléctrico con Antami, revista digital que recoge historias cortas de ficción y no ficción en torno a la crisis ecológica. Fue nuestra primera publicación como editorial. Luego aparecieron dos libros en formato físico: “La gaviotín y la extraña criatura” y “Kutimusaq y otras ecoficciones”, con las que finalizamos las publicaciones de los trabajos finales de los talleres de escritura creativa ambiental.

Este año regresamos a Antami, cuya segunda edición se enfoca en ciudades sostenibles y cambio climático, para continuar con la difusión de obras inéditas que presenten miradas críticas del presente y planteen visiones del futuro que nos espera, más allá de lo pesimista u optimista que pueda ser. Lanzamos una convocatoria de textos para toda Latinoamérica que alimente esta edición. No cabe duda que el proceso fue exitoso y tenemos un conjunto de obras con diversas perspectivas y temas. Muchas gracias a quienes enviaron sus obras.

Cuando hablamos de ciudades sostenibles pensamos en escenarios utópicos que parecen ser sueños. Al contrario de esta mirada, consideramos que la única forma de lograr una mejor calidad de vida urbana pasa por imaginar un futuro que contenga aquello que necesitamos alcanzar y que solo podrá lograrse si planificamos la ciudad desde una mirada integral al considerar los desafíos ambientales, sociales, económicos y de gobernanza. Aprovecho este espacio para agradecer al equipo de Lima Cómo Vamos, quienes nos permitieron implementar la primera Creación, espacio para escribir y promover soluciones durante el Foro “Ciudades Cómo Vamos”. Esta experiencia tendrá una sección especial en esta edición.

Sobre la acción climática que esperamos, tenemos aún el rastro de la vigésima séptima Conferencia de las Partes de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre Cambio Climático (COP27), llevada a cabo en Egipto, y de la que rescatamos el acuerdo sobre la creación de un fondo de pérdidas y daños, aunque con algunas resistencias de los países más contaminantes, y la poca o nada intención de abandonar los combustibles fósiles para mantener el objetivo de temperatura por debajo de 1.5 °C respecto a los niveles preindustriales. Es decir, desde la vitrina ciudadana vemos reuniones fútiles e incapaces de llegar a buenos acuerdos, greenwashing de empresas que tienen gran responsabilidad sobre la crisis climática y ecológica global, élites políticas incoherentes con sus acciones e incontables falacias, así como mensajes vacíos, “políticamente correctos” y contaminados en todo sentido posible.

Debido a eso, la literatura reclama un poder no solo concientizador, sensibilizador, sino de incomodidad y denuncia frente al lento progreso de quienes nos lideran para enfrentar la crisis que ya vivimos. Esta edición de Antami resume lo mencionado anteriormente a través historias en las que se visibilizan realidades muchas veces normalizadas. Antami N°2 devela el talento y creatividad de sus autores para pensar y narrar el mundo y dotar de nuevos significados a la idea de coexistir en diversidad para sobrevivir colectivamente.

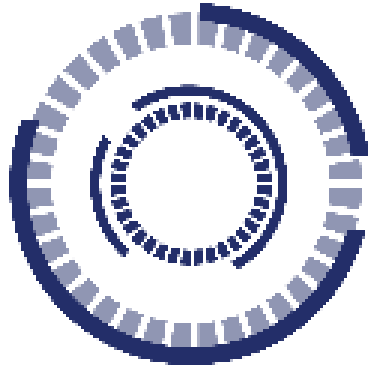
Espero, estimado lector, que disfrutes de esta revista.



Rodrigo Revilla

Editor





Cuentos cortos

Espejos *Tatiana Migliani*

Hay demasiado espacio vacío debajo de la ciudad. Es un milagro que no se derrumbe.

Imaginémosla de tamaño medio, ni chiquita ni grande, capital de un país promedio, en medio de un continente promedio. Su población: diez millones. Digamos que está dividida equitativamente: cincuenta por ciento son mujeres y cincuenta por ciento hombres. Situémonos, ahora, en la línea del tiempo: siglo veintiuno. Cruceros del tamaño de montañas, barriles de petróleo y cientos de productos de plástico.

Una mujer sale corriendo del apartamento en el que vive. Choca contra un hombre que transporta una caja llena de tomates a la verdulería de la esquina. Aunque se vean rojos, se sientan suaves y sepan como tomate, en realidad el ochenta por ciento del fruto está repleto de fertilizantes y células modificadas genéticamente. Son grandes y refrescantes, y como se hacen a toneladas, son los más baratos del mercado, así que el almacenero los coloca siempre en los estantes de adelante, con una enorme pizarra de tiza en la puerta que anuncia “Tomates frescos, compre ya”. Cada tomate dura sin pudrirse, al menos, una semana, entonces siempre está abasteciéndose de estos. Todo el barrio compra esos tomates porque no saben a nada y pueden fingir que se esfuerzan en comer sano al agregar unas rodajas de embutidos y batata frita. A nadie le gusta porque no saben a nada, pero tampoco son desagradables. Y no se pudren, no les salen gusanos, no se abollan ni nada.

La mujer que salió corriendo también compra esos tomates. Encontró que son los más baratos del barrio, además del pan de la esquina, por lo que se fuerza a incluirlos todos los días en cada una de sus comidas. Por supuesto, las que tiene tiempo de cocinar en casa. Aunque, claro, trabaja de funcionaria a tiempo completo en un banco y luego hace turnos nocturnos en la farmacia, además de ciertas changas* aquí y allá. Hace cinco años que no duerme siete horas. Va todo el día corriendo, se sube a colectivos, trenes y taxis y todo para llegar temprano en aquella ciudad que la atrapa cada día un poquito más. Pasa más tiempo arriba del autobús que en su casa. Y lo contó, así que es verdad. Ha desarrollado lo que ella califica como “habilidades necesarias” para la vida citadina. Es capaz de pegar siestas de cinco minutos, lo suficiente para no pasarse de parada, de abanicarse para reducir el calor o el olor a sudor de los demás pasajeros y aprendió a pegar zancadillas y manotazos a las personas que le tocan la campera. O las piernas. A esta altura de su vida, que no es ni un tercio, pero eso es algo que nadie que la viera supondría, ya ha desarrollado unas intensas migrañas diarias. Cuando apoya la cabeza en la almohada aún persiste el chirrido de los autos, el retumbar de los caños de escape, los chillidos de la gente y los estallidos de la radio. Ha aceptado que el ruido es parte de ella y que lo va a ser hasta el día en el que caiga en el silencio.

La mujer aúlla algo al hombre: Perdón, no quería hacer eso, no lo vi, mil disculpas, pero sigue

corriendo y sus palabras se pierden en la vereda. El hombre le grita una palabrota, luego dice Las mujeres de hoy en día no miran ni por dónde caminan, y entra a dejar su pedido. Luego se va en el camión que conduce con su compañero hace tres años y recorren la ciudad, no porque les guste ni nada, no ven nada de especial en los edificios grises y vacíos o en las luces de neón refulgente, no obstante, cada pedido entregado es un jornal y cada jornal es una boca más alimentada. El hombre pasa el día metido en la cabina, con el motor rugiendo y el humo invadiendo su piel, aunque quizás no la pasa tan mal como la mujer, porque solo se ve con su compañero y su compañero le cae bien. Hablan principalmente de carreras de autos y partidos de fútbol. El hombre nunca le cuenta de sus cinco hijos y de que vive con su madre y que apenas tienen sillas para todos. Ahora que lo piensa, ni siquiera sabe si el otro tiene mujer e hijos, o qué, pero tampoco siente la necesidad de preguntar, ya que no quiere empezar a hablar de los peques ni de su vieja. No quiere acordarse de ellos hasta que no los tenga que ver. Así que, cuando termina y vuelve al pisito que tiene en las afueras y abre la puerta con una sonrisa, los hijos lo reciben con los brazos abiertos, chillando y jugando. Prende un cigarro, el calor del humo le reconforta y oye las anécdotas de los más pequeños. Habla con su madre. La mujer tenía una casa en el campo que fue destruida dos años atrás por una inundación que arrasó todo. El jardín. Los cultivos. No quedó nada. Y como la vieja es ciega y sorda, y como él es el único hijo que le queda –además espera que no le quede mucho tiempo–, la mudó consigo y ahora son siete cucarachas acurrucadas en la pensión.

Su compañero no tiene mujer ni hijos. No lo sabe, pero es infértil, aunque eso no le importa en lo más mínimo. Si se enterara de que va a ser padre se haría el desentendido. No tiene ganas de endeudarse más y ya le puso préstamo a todo lo que tiene, que tampoco es mucho. Tiene una chica que ve cada dos días, una prostituta con el pelo negro carbón y ojos gigantes. Lo suyo no es nada serio y no sustituiría su único amor en la vida: la comida. O con más exactitud, la comida frita, barata y grasosa que venden en los bares que quedan a la vuelta de su casa. Ni siquiera tiene que contar las monedas para conseguir una caja con papitas, una hamburguesa con doble queso o una pizza aceitosa. Durante los peores momentos siempre pudo ir y sentar su trasero en las sillitas plegables de plástico, masticando algo mantecoso. Cuando no tenía ni un peso, el dueño siempre le dejaba llevarse los restos, y acabó cogiéndole cariño al sabor picante y crujiente de los manjares, como le dice. No puede subir un piso por la escalera sin quedarse sin aire y sufre diarrea todas las noches, pero eso no es importante. Total, trabaja de camionero, sentado todo el día, con el aire que le choca en la cara y le refresca. Cuando tiene sed o se siente muy deshidratado, se traga una botella helada de refresco. El azúcar le da energía.

La chica, la prostituta, tiene diez años menos que él, pero este no lo sabe. Obviamente porque nunca se molestó en preguntar, ni siquiera sabría su nombre si ella no se lo hubiera dicho, sin embargo, es uno de sus mejores clientes, al menos siempre le da algo de comer cuando se ven y ven la televisión juntos. En su casa no hay televisor, luz y calefacción, por lo que en invierno siempre intenta estirar sus estadías más tiempo, hasta que este la deja en la calle. Son ella y cinco chicas más, todas provenientes

del mismo pueblo, obligadas a desplazarse debido a la construcción de una gran empresa cerca del río al que iban a nadar de pequeñas. No era seguro, dijeron, que vivieran tan cerca del agua. Ellas no entendieron mucho el porqué, qué le pasaba al río. Cuando los niños se empezaron a enfermar, decidieron irse. Ninguna de ellas sabe leer, menos escribir, por lo que encontrar un trabajo les cuesta bastante. Los fines de semanas las cinco se acurrucan en el baño de la pensión y se frotan la piel con la poca agua que tienen, que no es más que un balde, para sacarse el olor y la mugre y la sangre, y para que los hombres les paguen más porque les dicen que huelen bien.

En la misma pensión vive una familia de seis, todos apretados en una habitación. Se tuvieron que mudar del otro barrio. Había llegado el “progreso”: los edificios nuevos se irguieron, nacieron nuevas tiendas y centros comerciales y las veredas se llenaron de árboles. A medida que la vida parecía más brillante, las cuentas se oscurecieron. La renta se hizo cada vez más inaguantable hasta que no tuvieron otra opción que mudarse allí.

El problema de la pensión no es que el cuarto sea chico, ni la falta de agua, ni la falta de luz, sino las escaleras. El hijo más pequeño, ocho años, usa silla de ruedas, entonces cada vez que quiere bajar lo tienen que cargar de a dos con mucho esfuerzo. Y como los padres trabajan todo el día, y es muy chico para andar por ahí solo, decidieron no mandarlo a la escuela, por lo que el niño se queda mirando la ventana todo el día, imaginando que es otra persona, que puede flotar en el aire. Cuando sea grande quiere ser uno de esos hombres que van con sus planos y herramientas importantes y construyen cosas. Cuando sea grande va a construir rampas en todos los edificios, de modo que pueda entrar y salir solo.

Su hermano mayor odia la ciudad. La odia desde lo más profundo de su corazón. Desde el instante en que nació, cuando se sacudía llorando a todo volumen en el hospital, siente una profunda repulsión hacia ella, al aire que no le deja respirar, las calles de asfalto que le oprimen los pies, las luces demasiado brillantes, los carros demasiado ruidosos. Odia sentirse atrapado como un hámster que gira en una rueda infinita. Es lo suficientemente grande como para entender que el trabajo es necesario porque sin él no hay dinero y sin dinero no come. Sabe que cuando no hay dinero hay préstamos, como una especie de salvavidas que baja el nivel de agua, pero también sabe que luego se disuelven y solo hacen que la corriente vuelva a subir, y que deben pedir otro y otro más. Odia sentirse como un fracasado cada vez que camina por la ruta con los viejos zapatos de su padre, usando un buzo todo agujereado, porque tiene que ver los carteles gigantes en las paredes que anuncian nuevas ofertas y tendencias y la única vida que puede soñar es aquella, en los edificios demasiado altos sobre las nubes donde no hay ruido y las cosas no son tan difíciles. Después se vuelve a frustrar, porque los edificios en las nubes son tan inalcanzables como la libertad.

Hay una casa cerca de los límites de la ciudad. Allí vive una mujer, setenta y pico de años. Camina con lentitud y la espalda encorvada. Todos los días se levanta a las cinco de la mañana y cuida de la huerta. Riega las plantas con amor, les habla de sus sueños nocturnos y finge oír las conversaciones de los pájaros. Luego intenta recoger la cosecha, pero como le duelen las rodillas, les pide ayuda a sus

nietos. Aunque, claro, no son sus “nietos” –la cantidad sería muy preocupante–, son los chicos de la escuela. La escolita que abrió hace tantos años, cuando podía ver desde la pizarra si alguien estaba pasándose un papelito por detrás del salón. La escuela que ahora dirigen sus hijos, pese a que estos tampoco son sus hijos, pero a quién le importa ya eso.

Luego va a la cocina y prepara unas tostadas mientras calienta una olla gigante de leche recién ordeñada. Desayunan todos juntos, los peques hiperactivos con ganas de empezar la clase, los demás ya mentalizados en el trabajo por delante. Ya no da clase como antes, porque estar tanto tiempo parada la cansa. Se sienta en el jardín a tejer ropa para los bebés o se pone a cuidar las flores o a cuidar de los animales más pequeñitos. Le gustan especialmente los potrillos, con sus piernas largas y flacas y la forma en la que mueven la cabeza. En los recreos, mientras los niños juegan a la escondida o a la mancha, siempre hay un grupito que se sienta cerca de ella para escuchar sus historias, para escuchar cómo la tortuga ganó la carrera, cómo el sapo aprendió su lección y muchos otros relatos. A veces los niños están tan emocionados que los manda a la arboleda a escuchar las ramas y hojas de los árboles que se mueven con el viento. Les dice que escuchen, que la naturaleza les cuenta historias todo el tiempo.

Otras veces le piden que cuente la historia de la comunidad, de cómo se formó un pueblo tan grande y próspero. Ella les habla de las lágrimas, las risas y la música, de la verdadera razón para vivir y de sus ganas de hacerla llegar a más gente; de la importancia del sol en la piel, de tener agua para beber sin preocuparse por el día siguiente, de respetar la tierra por la que todos caminan descalzos, escuchando y conectándose; de la misma tierra a la que todos vuelven cuando se convierten en polvo, la misma tierra de la que sus ancestros hablaban cuando era una niña pequeña y solo pensaba en ser un pájaro y volar.

Una ciudad. Miles y miles de vidas. Miles y miles de personas que se ven, hablan, mueven, compran, venden, salen, entran, piensan. Miles y miles de oportunidades. A veces la cantidad abrumba. ¿Estarán, de verdad, atrapados en un ciclo interminable? Porque suele dar miedo cuando miras al costado y te encuentras en una ruidosa máquina. Pero si llegamos a mirar, a mirar de verdad, es muy probable que encontremos un espejo: una ventana a otra vida que siente y respira y también quiere salir. Solo hay que saber mirar y aprender de lo diferente.

Porque allí donde hay variedad hay movimiento; y donde hay movimiento hay vida.

Un lugar en el mundo

Javier Fontecilla

Cosechar las algas era lo que más le gustaba. El proceso estaba completamente automatizado, pero él prefería estar allí con la excusa de estar pendiente de todo el asunto. Lo cierto era que le picaban las manos por hacer algo. Disfrutaba del trabajo físico, el movimiento. Tomar una herramienta con filo y desmochar¹ los gruesos tallos de las alarias² para estudiar su calidad. Monitoreando, así, la producción del súper alimento que, además de solucionar los problemas de hambruna mundial, permitían al planeta sanar las heridas que había dejado el calentamiento global.

La solitaria vida en altamar le acomodaba, y a pesar de que no extrañaba el contacto con las demás personas, sentía una sublime satisfacción redentora al saber que su vocación permitía una mejor vida para todos. La sobrepoblación continuaba como un tema tabú, pero eso no era asunto suyo, él solo se limitaba a alimentarlos. Era un hombre simple, con una vida tranquila y satisfactoria. Esa alegría se la debía al granjero anterior, quien le había enseñado todo lo que sabía, heredándole así, tras su desafortunada, pero necesaria muerte, su lugar en el mundo. Un mundo en que a pesar de todo lo positivo, las investigaciones de tecnologías sustentables parecían esforzarse por generar propuestas irrisorias, como lo eran los necrobots, los polémicos cadáveres que, gracias a una serie de chips microscópicos, eran reanimados. Nunca había visto uno, sin embargo, la sola idea de toparse cara a cara con alguno le generaba resquemor. Con ese pensamiento en mente, estudió el fondo marino a través de las oscuras y misteriosas aguas del océano Pacífico.

Se calmaba al saber que, allá abajo, nada se desperdiciaba. Cada animal, alga y molusco formaban un ecosistema estable que se encargaba de todo aquello que moría. Un hermetismo reconfortante que aseguraba, apaciblemente, la incapacidad del pasado de regresar. Al igual que las piezas de ajedrez sumergidas en una cruenta partida, el enroque se llevó a cabo con el fin de ocupar una casilla disponible y ya nada podía cambiarlo. Alzó la mirada, agobiado, y estudió el cielo. La hermosa tarde de verano lo reconfortaba. Con su bote esquivó los campos circulares de cultivo hasta llegar a su barcaza. A diferencia de él, la mayoría de los granjeros marinos preferían regresar a sus casas en tierra firme, en cambio, él optaba por dormir bajo el arrullo protector de la gentil corriente marina, lejos de las incómodas miradas ajenas.

Al final de esa tarde, luego de cenar, se acostó en el pequeño camarote plegable con un remoto recuerdo en la cabeza. Su mente se esforzaba en encararle su crimen, pero descansaba tranquilo a sabiendas que el mar era su leal cómplice.

¹ Quitar, cortar, arrancar o desgajar la parte superior de algo, dejándolo mocho. (Fuente: RAE).

² La alaria es un tipo de alga parda (*Phaeophyceae*) que comprende 17 especies. Funciona como alimento en Europa Occidental, China, Corea, Japón y América del Sur. Su distribución es marcador del cambio climático, ya que se relaciona con las temperaturas oceánicas. (Fuente: hmong.es).

Despertó de golpe al notar el modo en que el acostumbrado silencio se hacía a un lado para acusar la presencia de un intruso. Las brazadas y el chapoteo se acercaban con anormal velocidad, impulsando al granjero a buscar su pistola, no obstante, el tambaleo de la barca le anunció que era demasiado tarde. Alguien más había abordado. El navío era pequeño, por lo que, a pesar de la delgada oscuridad, un simple barrido con la mirada bastó para descubrir al polizonte. Era un hombre pálido, calvo y de ojos hundidos, sin brillo. Su ropa mojada, andrajosa y distintiva no hacía más que confirmar las sospechas del granjero: estaba ante un necrobot.

Le advirtió que no se moviera. El recién llegado obedeció, limitándose a seguirlo con la mirada vidriosa, mientras sus harapos seguían escurriendo. Con torpeza, el granjero tomó el cuchillo romo y oxidado con el que cenaba y lo alzó para amenazar al polizonte. Le interrogó, con la voz más áspera y demandante que pudo, y solo obtuvo balbuceos. Sin bajar la guardia, le exigió que se marchara. No quería tenerlo cerca. El invasor permaneció inmóvil, con un gesto de súplica en su rostro.

Al notar cómo su postura flaqueaba, el hombre de mar repitió su orden, pero no pudo evitar recordar lo que era sentirse a la deriva en un mundo en el que no quedaba espacio para todos. Bajó el cuchillo, convencido de la incapacidad del necrobot de hacerle daño y encendió la luz. Lo volvió a observar, dudando de su propia convicción, buscando algo que lo alertara de alguna posible amenaza, pero no hubo indicio de maldad. Era un muchacho veinteañero de aspecto melancólico, lo que enterneció mucho más su corazón. Imaginando que, tras el esfuerzo de recorrer todos esos kilómetros nadando, el huésped tendría hambre, el granjero se apresuró a revisar en su nevera en busca de algún bocadillo.

Las alarias crudas y sin procesar no eran opción, por lo que un paquete de galletas y un vaso de jugo fue todo lo que pudo ofrecer. Al ver la comida, el pálido acogido se arrodilló en el suelo, agradecido. Intentó tomar la mano de su benefactor. El gesto provocó el instintivo rechazo del anfitrión que, a pesar de su intento por esquivarlo de la manera más diplomática posible, fue incapaz de zafar el contacto físico. Al notar que el necrobot apoyaba su desnuda cabeza en su regazo, su cuerpo se endureció de incomodidad. Quebró el contacto con enfática rapidez.

Tras la merienda, lo que quedaba de la noche transcurrió sin sobresaltos, aunque el granjero no pudo conciliar el sueño. Se preguntaba qué hacer con el recién llegado, mientras hilvanaba una posible historia tras otra que justificara la razón de aquella inesperada visita. Alimentado por la intriga, el granjero tanteó la opción de dejar al muchacho a bordo de la barcaza. Luchaba con el instinto paternal innato, recordando aquel infame fragmento de pasado que lo acompañaba a toda hora, a cada día. Por suerte, no tuvo que decidir, ya que el chico lo seguía por todas partes, como un cachorro en busca de un dueño. Entonces, optó por llevarlo consigo a trabajar.

Con ánimo, el granjero recogió los resbalosos tallos de las alarias que cortaban bajo la superficie los robots asistentes. Durante el proceso, se asomaban sobre el agua las cabezas curiosas de focas y otros habitantes de los bosques submarinos. Se percató de la infantil atención con la que observaba el chico a los animales. Sin tener la certeza de que le comprendiera, le explicó con detalle el rico ecosistema

que se beneficiaba con la cosecha y plantación de los bosques de algas, los cuales capturaban altos porcentajes de dióxido de carbono de la atmósfera*. También le habló sobre los productos que se fabricaban con base en esa materia prima, la que no se limitaba a la comida, sino que se extendían a la elaboración de fibras textiles y bioplástico.

Inesperadamente, el muchacho le imitó en la cosecha de las algas, por lo que, asustado, el granjero regresó a la barca, dando por finalizado el día. La producción no le preocupaba, el circuito automatizado cumplía a cabalidad con las cuotas de producción, pero no sabía si confiar o no en el necrobot. Pasarle una herramienta era un umbral que no estaba del todo seguro de querer cruzar.

Estudió al chico toda la tarde, incapaz de encontrar una excusa para expulsarlo. En el fondo, se apiadaba de él. Imaginaba ese cuerpo joven en el pasado, cuando era un humano vivo, con nombre, con familia. ¿Qué accidente le había quitado la vida? ¿Fue acaso víctima de alguna enfermedad? ¿Cómo era posible que el gobierno planetario entregara el cuerpo de un ser vivo sin resquemores solo para transformarlo en un robot biodegradable? Todo eso le parecía terrible, aunque lo que más le perturbaba era imaginarlo sometido a condiciones infrahumanas, en alguna clase de terrible trabajo forzado. A ojos de la ley, los reanimados no eran humanos, por lo que no poseían derechos, y lo que era peor, poco a poco estaban reemplazando a los autómatas de metal en todas las industrias.

Al día siguiente, presa de su temple dulce, el granjero se convenció a sí mismo de la oportuna y necesaria utilidad que encarnaba un ayudante. Con paciente metodología, le enseñó al muchacho todas las aristas de su labor, las que no se limitaban a solo cosechar. Le mostró la consola desde donde monitoreaba a los robots asistentes, así como los procedimientos y protocolos de reparación, en caso de algún desperfecto. Lo instruyó en toda la ingeniería que se ocultaba en los tubos y la bomba unida a ellos, la que permitía el intercambio de nutrientes entre el suelo marino y el bioma, también las diversas herramientas necesarias para cortar y extraer a las algas, para hacerle entender el peligro que representaban. Mostró algunas de las cicatrices que tatuaban su cuerpo. Estudiaron un mapa en el que quedaba claro la enorme cantidad de millas náuticas que abarcaba su bosque y le explicó que, de trabajar juntos, el muchacho podía ayudarlo con la zona norte y este.

Los días pasaron lentos, pero las noches no olvidaron el recuerdo amargo que atormentaba al granjero. Insomne, se preguntaba si, de haber obrado distinto, la historia hubiese acabado de otra forma. Su lugar en el mundo era un tesoro preciado, y el precio pagado no era asunto de arrepentimientos, en cambio, el paso del tiempo le permitía estudiar el asunto desde otro punto de vista, uno más conciliador. Esperanzado, durmió pensando en la nueva distribución que tendría su casa en tierra firme, la que lo recibiría a él y su nuevo compañero en invierno y que los protegería de las inclementes tormentas de altamar.

Una mañana, cuando preparaba el bote para iniciar con la cosecha, notó cómo el chico cortaba los tallos más cercanos a la barcaza. Hinchado de satisfacción, el granjero se contentó con haberle otorgado un modesto, pero significativo lugar en el mundo. Como muestra de su orgullo, lo dejó a cargo de la barcaza, mientras él usaría el bote para regresar a tierra firme y hacerse de provisiones. Se

marchó con planes de preparar algo especial a su aprendiz para conmemorar el día.

Regresó al despuntar el atardecer, cargado con abarrotes y otros enseres. Abordó la barcaza y estudió las pantallas que supervisaban la producción. Todo había marchado bien, empero, el eficaz asistente no parecía estar a bordo. Extrañado, recorrió la embarcación de proa a popa, sin dar con el chico. Sintió que el pecho se le apretaba. Descargó la comida en lo que imaginaba que el chico, debido a su inevitable deterioro corporal, había optado por marcharse. Una vez que terminó, se acercó al borde para observar el mar, mientras era reclamado por la oscuridad. Fue cuando sintió el filo de una herramienta perforar su espalda. Se volteó para ver la cara al agresor, y con una amarga aceptación, recibió el empujón que lo empapó de mar. En tanto se hundía, observó al muchacho, quien le devolvía la mirada. Tarde había comprendido que, inevitablemente, se repetía el ciclo, solo que ahora se habían invertido los papeles.

Diario de Blancacha: una pata de veinte años

Marycielo Valdez

Querido diario:

Es 19 de octubre, otro día ruidoso en Villa el Salvador. Hace mucho que no me doy espacio para escribir. Con esto de las tecnologías ya una pierde la costumbre. Hoy es un día especial, así que te contaré lo que ha pasado durante este tiempo. Ya los veinte años han llegado a mi vida. Aunque esperaba algo distinto, ha sido un día común. Tampoco es que sea el centro del mundo, pero al menos esperaba tranquilidad y una gran pachanga.

A veces me levanto y escucho a las motos que pasan y repasan chillando como si les apretaran el pescuezo; o en las noches, cuando parece que todos duermen, llega una música estruendosa para sacar la basura. Hoy no iba a cambiar eso. No respetan el sueño de esta pata bella ni en su cumpleaños. No puedo negar que tengo nostalgia de años pasados. Hace veinte años mis amigas petirrojas me despertaban, pero ahora ni ellas ni las hojas de los árboles afuera de mi casa existen.

La Mora vive aquí más años que yo, pese a que la chica que vive en mi casa y se cree la dueña dice que nunca la matará. Casi pierdo las esperanzas. Le quiero creer. Es que mis años como pata me han demostrado que los humanos prefieren tener paredes y no vivir felices con el árbol que plantaron sus abuelos. Alrededor de mi casa ya no hay más árboles. Hace poquito mataron a Molle en esa casa del costado. Él creía que sólo le cortaban las ramas secas, pero lo cortaron todo.

Así es esta ciudad, a veces ni el sol me llega. ¿Para qué quieren paredes tan grandes que no permiten la entrada del sol y la lluvia? Felizmente aquí, en mi casa, me han escuchado y han dejado espacio abierto para que la Mora crezca verde, el sol caliente mis plumas, la lluvia me bañe y alimente las raíces del árbol, pero ya sabes cómo es eso del progreso: ahorita se le ocurre a la vecina poner una pared y me quitan mi vitamina D.

¿Ustedes los entienden? Yo no. Los árboles son tan valiosos en la vida. Mis hijos Tocadozo, Tocos y Toquin han crecido subiendo el largo tronco de la Mora. ¡Si les contara todo lo que hacían! Tocadozo era un terrible, una vez se saltó a casa del vecino a través del Molle. Ahí mi hijito disque se enamoró de una tal Cristina, hasta quería traerla con nosotros. Una vez que se fue para allá, logró tirar la pequeña jaula en la que ponía huevos. ¿Acaso crees que valió el esfuerzo de Tocadozo? Ella no podía subir al Molle, sus patas no servían, no sabía ni volar. Vivía poniendo huevos todo el día, aplastada en esa jaula de tres por tres. Cuando estaban en el ajetreo de escape, llegó el viejo Simón corriendo para meter a la Cristina a su jaula. El viejo no calculó sus movimientos y a la pobre Cristina a dos mordidas la silenció. Tocadozo huyó con el corazón partido, el orgullo hecho pedazos y el miedo en la sangre que le hizo caer la cresta. Se enfermó mi hijito. Desde ahí se le bajaron las defensas y cada tanto algo anda

mal.

¡Ah, pero Tocazo no fue el único enfermo! La Cristina se murió y casi se nos va el Simón. Le partieron el lomo al viejito Simón. Es que él solo hacía caso a eso que le gritaban cada rato: ¡Fuera perro, sal de aquí, anda cuida las gallinas, si no, no hay comida! Él quería cumplir su tarea, pero ya está muy viejo. Sus cuatro muelas y patas chuecas sin control mataron al primer amor de mi Tocazo. ¡Uy, el pobre Simón! Cuando llegaron en la noche, ese día, los humanos le dieron duro al viejo Simón. ¡Huay huay huay!, gritaba el Simón. Lo agarraron a patadas, palos y hasta manguerazos. Así son los humanos. La chica de la casa le gritaba desde el techo: ¡Voy a llamar a la policía, animal, salvaje! La otra vecina exclamaba: ¡Te estoy grabando, te voy a denunciar, ya te fregaste, deja al perro en paz! Así, de pronto, solo una puerta azotada en medio de la noche declaraba que aún Simón viviría, claro si es que las heridas y huesos resistían la golpiza.

Toquin subió a mirar a Simón. Estaba pegado a la esquina de nuestra pared. La chica nos vio asomados y se sumó para intentar verle. Se desapareció por un buen rato y la escuchamos del otro lado. Toquin se puso como un atolondrado, bajó y me dijo: Ma, la chica está ahí, dice que se va a llevar al Simón, está con dos vecinas más, creo que la dueña de Silvestre y la de Morita. Muy asustado, preguntaba sin parar: Ma, ma, ma, ¿el Simón va a vivir aquí? ¿También nos va a matar? ¿Ma, ahora qué hacemos? Lo intenté tranquilizar. Tocazo escuchó y se puso muy triste y ni los miedos y gestos exagerados de Toquin lo animaban. Tantos años nos habíamos escuchado con Simón. Apenas le había visto por partes cuando no había columnas. Y esa noche le conocí: un viejo puro hueso y pellejo, con sangre en todo el lomo. El miedo de Toquin y la cólera de Tocazo se transformaron. Estaban encolerizados. La chica le lavó las heridas y le puso ese líquido morado, le hacía cariñito y le daba fuerzas para resistir. Se quejaba casi en silencio y nos daba mucha pena. Pensé que en poco tiempo tendríamos uno más para llorar y extrañar.

¿Los humanos son animales que tienen ‘humanidad’? Del Simón no supimos más. Por ahí entendí que estaba con tubo para medicina y comida a la vena, que lo atendían en la sala de la casa y también en las de las vecinas, que era muy caro y no sabían qué hacer porque no había quién lo quisiera permanentemente. Además, mejoraba muy lento. Estaba con pulgas, garrapatas y varias enfermedades. Ojalá se haya salvado.

El dueño de Simón, don Teófilo, era amigo de Clotilde. Sus gallinas vivían libres y al Simón le daban sus camotes todos los días. A veces, esas gallinas estaban felices en el Molle y se pasaban, de cuando en cuando, a comerse las moras. Clotilde y yo renegábamos porque también se comían mi maíz y verduras, pero el señor Teófilo traía huevitos y se amistaban. Ambos ya no están. Cloti se fue antes y hace un par de años me enteré por los aullidos de Simón que el señor Teo también había fallecido.

Actualmente, en esa casa viven, por pocos días, las gallinas. Aun así, son muy metetes. Todo quieren saber y comentar. Hasta les metían ideas a mis hijos. ¿Es que no entendían que yo, una pata, era madre de unos hermosos gallos? Qué poca apertura, se burlaban. ¿Cómo va a ser ella tu madre? No puedo

negar que yo quería tener patitos, no obstante, la vida llegó con unos huevitos para empollar y darles mucho calor y amor. Las gallinas chismorrientas no saben, obviamente, de mi amor interespecie. Esas señoras, de tantas inyecciones que les ponen y comida medicada que comen, apenas se dan cuenta de que les roban sus huevos. Pese a eso, ni por tan entrometidas les deseo la muerte. Pero eso pasa. La colibrí me contó que vio cómo juntaban a todas en unas jabas y las subían a un camión. Desaparecían en la avenida Bolívar y nunca más nos enterábamos de ellas. El vecino Palomo dice que se las venden a un humano en la esquina, el que tiene un puesto de comida. Él lo odia porque atrapó a su familia en una jaula para ponerlos gordos y cocinarlos. Así sucede. No les importa si tenemos hijos o padres, igual nos matan y comen, aunque estemos llenas de vida.

De verdad no entiendo cómo es eso del respeto a la vida. Escucho en la radio que congrega a tanta gente en marchas, pero no entiendo por qué no me incluye. Yo también defiendo el derecho a la vida. ¿Acaso por ser humanos son más que yo? Soy una pata de veinte años. He vivido temblores, otoños y hasta una pandemia. ¿No merecemos las gallinas y gallos, yo y todos, vivir?

Así me pongo a veces, un tanto reflexiva. Sé que no hace bien pensar en estas cosas. Hace siete años me deprimí por recordar nuestro destino. Me puse flaca y me sacaba las plumas. Renegaba de no poder tener hijitos sola. Anidaba según yo. Quería que salgan huevos de mí, pero ni uno salía. Eso no era lo más horrible. Ya no tenía amigas ni amigos, las petirrojas no venían, los negritos apenas se aparecían. Decían que había muchos peligros, era muy inseguro. Toda una selva de cemento. Ya esas aves viajeras no pasaban por aquí porque no encontraban el camino. Los árboles del parque ya los habían talado y sus casas ya no existían. Los pantanos estaban rellenos y no podían quedarse ahí. Las casas ya no tenían árboles. ¿Cómo no deprimirse así? Nadie me visitaba. A veces las cuculíes bajaban cuando les compartía mi maíz. No hablan mucho. Esta ciudad me estaba matando. Necesitaba algo, no sé si compañía o hijos. No sé. La verdad es que desde que trajeron mis huevitos, los empollé y crecieron mis gallitos, estoy rejuvenecida.

Alguna vez trajeron a la casa otros patitos y pollitos a vivir conmigo, pero tenían pestes y morían. Hubo un año en que todas las gallinas del costado se enfermaron. Mis gallos, aunque bien alimentados, también se contagiaron. Estos chicos se iban a la Mora y se acercaban a escuchar el cacareo de las gallinas. Creo que hasta se metían a verlas. Por eso se contagiaron y aunque la chica de mi casa hizo de todo, ellos se me fueron. No importó que nos colocaran en casas distintas, nos diera medicina horrible y viniese un doctor de aves (él se enamoró de mí y mi edad), pero ni Tocado ni Toquin resistieron. Toquin fue más débil, muy rápido se fue mi hijito. Tocado aguantó un poco más, pero tampoco lo logró. Ahora somos Tocos y yo.

No me puedo quejar. Hoy cumpla un año más de vida y estoy contenta. Solo me preocupa el Tocos. ¿Qué le va a pasar cuando yo no esté? Creo que necesita cambiar de aires. De vez en cuando la chica le mima, le da medicina y a mí también. Algo le pasa. No le gustan las gallinas. Dice que quiere conocer una pata como yo. ¿Y de dónde?, pienso. Si yo soy única. Le he hablado de volar, pero sus alas son cortas y está acomplejado por lo que le decían sus hermanos. Él es distinto, más independiente

y no se arriesga. Me gustaría que vengan más aves por aquí, así le pueden dar ideas. Los gatos y perros de la casa le aconsejan vivir feliz. No nos falta comida, agua y amor. Él quiere algo más. Voy a preguntarle uno estos días y lo escribiré por aquí.

Nos vemos.

Blanca



Incursión nocturna al jardín

Kevin Collado

Se sabe que los jardines tienen la apariencia de sus dueños. Nada más nombremos a Nabucodonosor y sus jardines colgantes. Nada más. Desde el buen color hasta el desarrollo de sus formas simultáneas, desde lo mal que pueden estar hasta lo mejor que pueden producir, los jardines se parecen inevitablemente a sus dueños, aunque también hay jardines hermosos en casas de familias rotas donde se solloza en vigilia. Y hay polvorientos jardines en las felices cajas de triplex y calamina, con un frío espantoso a falta de pan, donde se ha frito harina con agua y comen alegremente.

En todo caso, un jardín bien cuidado, frondoso y profundo no demanda un poder adquisitivo elevado. Se necesita otra cosa. Cuidado, experiencia. Es desarrollar un arte, domar la luz, la tierra, el agua.

Y pensando en ello, veo abrir los negocios y paseo como el sol por el Mercado de Flores. Entiendo que hay plantas que no se pondrían jamás en un jardín del barrio. Sin rejas, joyas como los tulipanes serían presa de los niños que las arrancarían para tomarlas como espadas en un duelo de caballeros santiaguinos o vendidas a la primera por algún drogadicto de la cuadra para comprar pasta.

O para fustigar en lo que se cuentan chistes. Nada bello sobreviviría aquí. Habría que enjear el jardín, ponerle púas y echar brea a las paredes para que no se sienten los ociosos de siempre, mis amigos. Por eso los jardines deben verse polvorientos y abandonados, de lo contrario, llamaría demasiado la atención y generaría cierto recelo entre los vecinos.

El jardín de mi vecina es fastuoso. Puedo ver su techo desde mi techo. En ese lugar la vegetación cunde y prospera sin peligro. Ella tiene algún secreto para sus plantas. En mi realidad compramos constantemente vegetales que se mueren. Trucos, químicos. Todo eso es inservible. Tal vez no hay mucha ciencia detrás de esto, pero cuando amas la naturaleza quisieras construir tu propio Edén. Tú, para ese alguien, podrías ser Adán y vivir en un paraíso hecho por tus propias manos.

Mi jardín parece una tumba a la que le retiraron la tapa. Un rectángulo de polvo que despacha con desprecio un árbol flaquísimo que ha logrado imponerse sobre la aridez de este magro y macilento lugar de prioridades absurdas, las cuales conjugan con las miradas perdidas y el despótico movimiento de piernas con que se sostienen en las paredes.

No tengo ocasión de limpiarlo. Cada vez que me doy un tiempo, sus paredes están ocupadas por los viejos que beben y orinan. Domingo a domingo, las paredes de mi jardín hieden y tienen manchas oscuras. Solo ese árbol puede crecer aquí. Esta tierra es fétida, y en lugar de raíces, alberga en sus entrañas cantidades de plásticos que se enlazan como arterias malsanas al cuerpo enfermo de esta parcela hedionda.

Por esto y más, lo que se siembra, muere. Así es con los sueños e ideales de las personas que aquí

radican, aplastados por el peso de las reuniones en las que se escupe directamente a la vida con ridículas pretensiones de prosperidad y mean sobre los que piensan diferente con su plácido rostro de liberación, mientras su orín caliente humea y levanta cierto polvillo en nuestra memoria.

Siembro una plántula y la pisan, la rompen, se la fuman. Para alejarme de esta suciedad, manejo bicicleta por el malecón y voy por los barrancos siguiendo las ciclovías. Hay flores y jardines vigorosos, fuertes y altivos. La gente no sale a pasear, se exhibe como en vitrina de cristal. Exponen la belleza y la juventud adornando el paisaje del mar para los viejos arios que, sosegados y con la mirada profunda, caminan mirando al sol. Han tomado, en cierta parte del recorrido, la mala costumbre de hablar en alemán.

Las antiguas señoras, las jovencitas del siglo pasado, cuchichean en el idioma de Goethe y observan con mirada balcánica a los que pasan apuradísimos intentando arreglarse la vida como pueden. Ellas piensan en la suerte que han tenido. O en la cena de la noche en la Rosa Náutica. Los niños corren y se insultan en el idioma de Tolstói y Putin. Hay españoles molestos y gente esperando a otra gente. Hay que decirle a los germanoparlantes del malecón que los limeños no les entienden, les desprecian y se alejan con sus picarones y mazamorras en la mano hacia otros sitios.

Dulce segregación de los residuos orgánicos, ambiente tranquilo. Los palomillas escriben poemas, una flaca aburrída espera a su galán de telenovela turca que está atrapado en un taxi a trece cuadras de ella. Con la sofisticada modestia de los grandes sabios, un gato juega con las flores al borde de un abismo. Esta es la vida.

Regreso a San Juan de Miraflores y nada más cruzar la frontera con Surco, siento una gran pesadumbre. No es solo la basura y el desarreglo de todas las fachadas lo que abruma, es el aire cargado de plomo, el cielo gris que aplasta los corazones. No solo el desorden y la mugre, las construcciones polvorientas y las remotas áreas verdes que sobreviven, es la tensión que corre en el viento, la inminencia, el sentir que algo pasará muy pronto.

Mi vecina vive en la panadería de la cuadra. Ella misma es un pancito recién horneado, dulce como mis sueños más hondos. Sin embargo, sabía que hablarle sin motivo sería muy tonto. Preparé un plan para arrancarle el WhatsApp mientras me diera un sol de pan Ciabatta. Si usaba mis vagos conocimientos en panadería, podría seducirla, sin duda, pensaba, pero jamás lo hice.

Compré unos binoculares SkyMaster y arreglé un espacio en mi azotea, casi en la punta del cerro. Me dispuse a observar qué hacía en ese gran balde algunas noches. Si inclinara un poco más ese balde para mi lado, podría ver lo que alimenta. Puede ser un animal pequeño, pero ¿cómo respira? Un cerdo mutante cruza por mi mente, pequeñito y con deformaciones maravillosas que lo hacen casi alienígena.

A las siete de la noche salgo con mi libro y me siento en el mirador. Ella aparece como un pancito de azúcar. En sus manos siempre trae esos residuos orgánicos, cáscaras de cebolla, papaya, etc.

La única y sencilla verdad es que alimenta lombrices para usar su excremento como abono. Y vaya que funcionaba. En mi absoluta ignorancia, quise imitarla. Logré conseguir un par de lombrices de

un macetero vacío y las puse dentro de un balde mediano, eché tierra húmeda y guardé mis residuos orgánicos. Soñaban, dentro del balde, ser anzuelos y navegar ociosamente en las fauces martirizadas de un gordo atún.

Contemplé un futuro prometedor para mi vieja tumba, un posible jardín en el que, más adelante, colocar una hamaca y echarme. Lejos ya el tiempo de las balaceras y los disturbios callejeros, me echaría a mis anchas para admirar la tarde tras unos lentes de sol baratos y comería uvas verdes mientras saboreo un jugo de sandía, a la media sombra de un platanal. Todo esto en espacio de un metro de ancho por tres de largo, con una pared que se alza un grandioso medio metro sobre el suelo.

Sueños.

Dio resultado. Las lombrices no solo se multiplicaron, sino que defecaron a un ritmo acelerado y progresivo. Caca pequeñita y negra. El balde se llenó de lo que parecía tierra negra. Esta se distribuía entre las macetas, según su necesidad y crecimiento.

Mi primera maceta con una planta que sobrevivía su primera estación fue mi alegría durante los siguientes dos meses en que brotaron todas las semillas que puse y me preocupé por conseguir dónde colocarlas hasta que tuviesen una edad en la que fuese imposible matarlas. Realizaría el trasplante de noche, bajo la luna llena.

Algún día.

Así junté las herramientas necesarias. Cuidé mi espátula como mi armamento de combate y me armé hasta los dientes. Municiones como semillas. El jardín era una trinchera. Los balazos sonaban a medianoche y había poca gente parada en las esquinas. Di un salto desde mi escalera y comencé a rampar sobre la estéril cuadra de tierra que me pertenece. Cuidé que no me vieran la joroba y llegué al seco árbol que sobrevivía y me representaba. Tomé el pico cargado en la espalda y, cuerpo a tierra, escarbé una zanja como una sonrisa en la arena. Eché todo el estiércol de lombriz y sellé con agua mi mina. Con un espejito como retrovisor pude ver que algunos forajidos miraban hacia acá. Debía esperar para salir sin ser visto, dar el salto y correr agachadito por la escalera, empujar mi puerta sin que suene el palo y cerrar como si nada hubiese pasado en cuatro segundos.

Junté todas mis armas, herramientas de combate y lucha en pro del ambiente y esperé en la sombra, cubierto por este seco árbol que pasaría por encima de mí si caminara, si hablara. De pronto, escuché dos voces achoradas que se saludaban a lo lejos. Voces roncadas. Con mi espejito los vi llegar por la pista. Venían a mi jardín para sentarse. Era el cumpleaños de alguno de sus innumerables hijos y por ende tocaba su respectiva amanecida. Si me vieron salir o no, no lo supe.

Noche a noche aplicaría el plan y, en arrebatos bélicos, bajaría por la escalera rodando y de un brinco me aparearía junto al árbol para echar el abono que había producido. Mi jardín empezaba a cambiar de aspecto, comenzó a verse más vivo. Era la tierra, su color fuerte, algunas plantas.

Incursioné al jardín de madrugada. Solo los perros ladraban de vez en cuando. La pálida luz del poste me alumbraba medio rostro, mi vestimenta negra para camuflarme en la noche no servía de nada. Entonces, pala en mano, di el conocido saltito y me acurruqué al lado más grande y vacío del

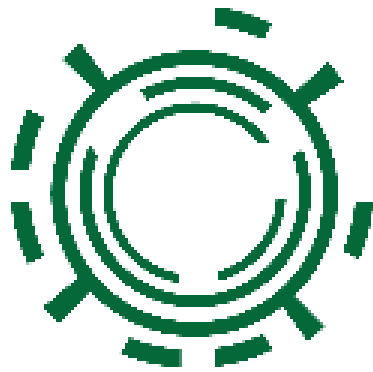
jardín. Realicé profundas hendiduras con la pala y rápidamente conseguí un agujero preciso para meter un mamón de plátanos.

Nada pudo detenerme. Cuajé el trasplante con agua y eché el oro negro de las lombrices. Pronto, mi pequeña tumba parecía una gran maceta atiborrada de plantas y arbolitos. Me daban miedo los que ahí se sentaban para chupar. Mi jardín fue escenario de escarnio, ofensas y amoríos y, en algún momento, tumba de alguien.

No obstante, hoy irradia luz y alegría al vecindario. Muchos han sacado, tímidamente, sus macetas fuera de casa. En conjunto estamos ganando territorio al arenal. Estamos haciendo un parque y la vecina, como un pancito dulce y recién horneado, llega y trae plantas para sembrar el camino de fresca sombra, cuando nos queme el sol.



Ilustración: Fabio Araujo
Fuente: Artstation



Cuentos en serie

Viaje dorado - parte uno *Ronald Polo*

Mientras el joven James Holligan caminaba entre las ruinas de una ciudad decadente, su viejo compañero de viaje andaba con un humor de perro. Repulsivo, asqueado, incómodo y ansioso, pateó dos latas de atún del piso y provocó que el aceite saltase y cayese en las manos de su acompañante.

–¡Ya ya ya, cálmate! –tartamudeó James.

–No estás en posición de pedirme calma, J, te dije para no caminar por este lugar –respondió Alfonso Quilli con un rostro oscuro y amenazante.

Alfonso era un joven de la sierra peruana, el más alto de su comunidad el día que se fue, pero al lado de James sus frentes tenían climas diferentes. Quilli no tenía el carisma del arte ni la sonrisa resiliente de las épocas difíciles de supervivencia, más bien tenía un rostro vengativo, con un resentimiento que lo diferenciaba de sus congéneres. Sin duda alguna, el día que salió de su comunidad fue la persona más contenta del mundo.

Hacia muchos años que los únicos que conocían a detalle de dónde provenían eran los ingleses. James sabía su dirección en Durham, los buses que tomó para llegar al aeropuerto, las discusiones para que le permitieran viajar a Sudamérica y las penurias que pasó desde aquel fatídico día, cuando planeó aterrizar en Cuzco, pero los agravios climáticos lo dejaron en algún lugar entre el centro de Ayacucho y Choquequirao, donde el frío intempestivo, la altura y la falta de civilización le llevaron a ser rescatado por Alfonso, mientras este regresaba cargando al hombro a una de sus vicuñas perdidas. Hacia ya muchos años que el resto del mundo ya no tenía límites territoriales.

–Mi abuelo me contaba historias de este lugar, historias que le contó su abuelo a él, y este, a su vez, lo escuchó de su abuela.

–Por fin hay una mujer en tus relatos.

–“Cuando la sangre pura de antiguos guerreros corre por tus venas, no importa quién te cuente la historia, sino quien sobrevivió a la guerra”.

James terminó de limpiar el aceite con su pañuelo y se acercó a revisar la unión entre el asfalto, el concreto y la arena que ocultaban las miles de bolsas agrietadas, las cuales, con el tiempo, solo habían desperdigado botellas sucias envueltas en el polvo de la ciudad muerta.

–Se supone que esta era la ciudad más grande de Latinoamérica. ¿Cómo es que no podemos encontrar ni una sola alma?

–Mi abuelo me comentó que los limeñitos eran gente débil. Los que vivían alrededor de unas torres altas estaban rodeados de gollerías y riquezas envidiables. Los habitantes a su alrededor eran personas que venían del interior e intentaban, mediante acciones pendencieras, adueñarse de un lugar dentro de esta tierra de oportunidades. Se volvieron débiles por las condiciones paupérrimas en

las que vivían y se sacrificaron por un futuro mejor en el que los guerreros no existían.

–Unos murieron porque no estaban acostumbrados a la escasez y los otros porque la escasez ya no les alcanzó para sobrevivir.

–No lo sé. Son historias después de todo.

–Tú eres el que las cree.

–Les tengo fe a las personas que lucharon por mantenerme sano y vivo, a pesar de que no hubiese nada para consumir. Mira a tu alrededor, J, este lugar no tiene nada.

James siguió su camino y se adentró más hacia el norte. El pavimento destrozado marcaba el camino, en lo que escuchaba las historias más cercanas de su acompañante.

–Dicen que Lima era un desierto de piedra y cemento. Un lugar plomo con pintadas amarillas para hacer sentir que el sol les llegaba también desde el suelo. Una costa que dejaba sin recursos a sus contrapartes con tal de satisfacer el estómago de ocho millones de personas sobreexplotadas y menos de un millón rascándose las bolas en sus camas.

–Según los archivos, antes de la catástrofe, eran mucho menos de siete millones.

–¿Te tengo que creer? –la mirada de Alfonso era penetrante hasta la médula. James se sobresaltó de los nervios.

–Tranquilo, Alfonso, ya te dije que es mi trabajo revisar todos los centros poblados de los que mi país tiene registros y recuperar sus historias, entender sus mitos, ya que desde ahí se formarán las bases para que los humanos volvamos a recuperar la hegemonía del mundo. Mira a lo que me refiero

–James señaló los grandes cuadrados llenos de tierra amarilla y polvo frente a algunas casas de uno y dos pisos y, más allá, se podían ver recuerdos del urbanismo de los 2000 repartidos en rectángulos de acera en el piso, con aristas de concreto que formaban grandes espacios triangulares con suelo desértico y fierros oxidados–. Estos eran jardines y parques antes de la catástrofe de hace doscientos años, ¿me entiendes?

–En las leyendas se dice que Lima era un desierto.

–Las leyendas son leyendas –continuó James–. Lima era un valle que se alimentaba de los ríos.

–Esta basura no es río –dijo Quilli, señalando una zanja de tierra, piedra y residuos de olor repulsivo que se abrían paso hasta la playa. James se acercó corriendo al puente, pero entre la agitación y el olor sintió cómo se le perforaban los pulmones como si fuese herido por agujas de punta roma.

–Este debe haber sido el río Lurín, estaba al sur de Lima. No era tan grande y la cantidad de basura es demasiada por esta zona. Quizás por eso está totalmente tapado.

–En la sierra ya no llueve como antes.

–Hay dos culpables –dijo James. Alfonso era duro como una roca. Ni los olores, ni el calor ni el frío y menos alguna tempestad lo mermaba. Siguió su camino renegando y pateando lo que se encontraba al frente–. Alfonso, es muy posible que más al norte el río Rímac sí esté bien. Según los registros, su agua alimentó a todos los limeños por muchos años. Estos parques y jardines, que ahora son tierra, necesitaron en algún momento agua.

–Hay dos culpables de que ya no existan: los limeños y el resto del mundo.

Continuaron su camino hacia el norte. James no dejaba de imaginar la belleza de la Lima antigua en sus épocas doradas. Grababa cada instante de la arquitectura en la que antes había un parque, un jardín o una pradera. Los cerros totalmente desnudos en los que hubo bosques y las playas ahora llenas de residuos de madera, fierro, conchas y botellas quebradas que hacía unos cientos de años eran hermosas, con olores salinos y sin espuma.

–Nueve metros cuadrados de área verde son necesarios por habitante, según la antigua organización mundial de la salud. Nueve metros. Esta ciudad se ha quedado bastante corta en el tiempo. O quizás estaba más rodeada de árboles de lo que creo –dijo James, caminando con una sonrisa y mirando a Alfonso. En su distracción, el joven europeo cayó, estrepitosamente, en la acera.

–Ha sido un cable de esa torre de allí –comentó Alfonso, levantando al joven y nervioso Holligan.

–¿Un cable? –James siguió la indicación de su compañero y encontró una gran torre de alta tensión en el piso. James miró sobre su hombro: los postes habían caído hacía muchos años y los cables yacían entrelazados como redes de araña escondidas–. ¡Este es un cable de alta tensión! Es bastante grueso para pasar por la ciudad. Su campo magnético afecta a cualquier persona que camine a pocos metros de distancia.

Alfonso se sorprendió con el dato. Corrió hacia una de las casas cercanas y trepó hasta la azotea por fuera. James siguió el cable con la mirada, era demasiado pesado para desenterrarlo, pero estaba claro que pasaba por la ciudad.

–Te vas a sorprender cuando veas esto, J, y yo que juraba que este lugar era horrible –gritó Quilli desde lo alto.

James entró en la vivienda. El olor a putrefacción se había desarrollado a un nivel incomprensible gracias a los residuos de electrodomésticos destrozados que yacían desperdigados por los ambientes. “No hay ni un perro robando comida. No hay nadie”. Holligan llegó a la azotea y se quedó perplejo. Al menos esa parte de la ciudad estaba plagada de torres de alta tensión, postes y cables cuyos hilos provocaban que la ciudad luciese más oscura desde arriba en comparación a cómo la había percibido desde abajo.

–Supongo que podemos ir más alto, ¿no?

–Sí, ese cerro de allí... mi abuelo decía que tenía unas antenas enormes y que estaba poblado de personas. Morro, le llamaban.

–Eso no es un morro, ¡es gigante!

–Dile como quieras. Total, ya no debe haber nadie. J, ese morro le daba la espalda al océano.

–Se forma como una península.

–A lo que me refiero es que es muy difícil que sea tan verde como pensaste.

–No puedo creer que existan tantos cerros desnudos. Es una locura. La sal, la arena, todo este llano.

–Bueno, según mi abuelo, los de la derecha se ponían verdes cuando las nubes del cielo bajaban a tocarlas, pero eso sucedía pocas veces. Con menos frecuencia, la gente los poblaba y sembraban con

la esperanza de tener algo para comer.

–Vivir allí es peligrosísimo. Esta es una ciudad sísmica, es una locura. La gente murió con el primer terremoto.

–Es lo más probable, J. “Las tierras saltaban a su merced y se tornaban en arenas movedizas a los pies de la gente” –Alfonso se puso melancólico. El recuerdo de su familia le dolía en el fondo de su corazón, a pesar de que su cara no lo representaba nunca–. Soy lo que soy gracias a mi abuelo. El Perú es lo que es gracias a las historias. Me hubiera gustado escuchar que la gente se salvó, más que a ti, J. Te lo aseguro. Ojalá tuviera una historia en la que no te hablara de la pobreza, la suciedad, el maltrato, la supervivencia, el exceso de carros, la falta de caminos, el sueño por un lugar mejor, o, mejor dicho, el sueño de un lugar siquiera para vivir.

James y Alfonso caminaron varias horas hacia el norte y registraron lo que encontraban a su paso. Subieron al morro, comieron las provisiones que habían traído y sintieron cómo la arena y la sal les había mancillado el rostro.

–Vacío. Sigue estando vacía esta ciudad. No importa desde qué tan alto se la mire.

–Hay otro cerro. San Cristóbal, le decían.

–No soy católico.

–¿Qué es ser católico, J? Te cuento lo que me han contado –dijo Alfonso con cólera.

–Ja ja ja, lo había olvidado –James se había puesto nervioso de nuevo. Le tocó el hombro y se incorporó para ver el paisaje–. ¿Tienes una historia sobre el estadio de fútbol? –dijo, señalando un terreno ovalado con un estrado ubicado a las faldas del morro.

–Dicen que está lleno de muertos.

[Continuará]

Proyecto Terranova - 1.2

Sebastián Castro

La primera ráfaga de misiles decora el firmamento como si de estrellas se tratase. Parece que el tiempo se ha detenido por completo. Estamos preparados para el ataque. Sabemos que muchas vidas se perdieron, pero desde que iniciamos el camino no podemos darnos el lujo de detenernos.

Somos lo último que queda de la raza humana. Debemos luchar por un futuro que quizás no merecemos. Aun así, una especie como la nuestra puede aprender de sus errores. Buscaremos la solución a cada problema ocasionado por nuestros antepasados.

Una alianza que parecía imposible se ha formado con Roselia al frente. Humanos e hijos del bosque logramos unir fuerzas para enfrentar a la amenaza Druista¹.

Siento mi corazón latir muy fuerte como si fuese a salir de mi pecho. Se asoma aquel festival de sinfonías de destrucción. Si hoy muero, sé que será por algo significativo. Algo que contribuirá a nuestra existencia en este universo. Por mis pequeños Alba y Noren, por cada niño nacido y por nacer, por cada árbol y semilla, por lo bueno y lo malo de la humanidad. Por todo lo que significa vivir en Terranova.

CAP. 1 HUMANIDAD

CIUDAD CAPITAL

2455 D.C.

[Introducción (1.1) en Antami N°1, noviembre 2021]

Las personas vitoreaban. No cualquiera podía acceder a este privilegio. Para ello tuvimos que hacer méritos. Tanto Roselia y yo fuimos los mejores, no solo en nuestro instituto, sino también en todo el sector.

Todavía me rondaban preguntas en la cabeza. ¿Por qué se me hacía familiar esto? ¿Quién era ese hombre si venía de afuera? ¿Existían personas allá? Entonces, la voz del tren saltó: “Partimos en 3,2,1”.

Un fuerte zumbido. A través de las ventanas del vagón vimos líneas blancas y azules. Todo fue tan rápido. Después, el fin del oscuro túnel. Ya estábamos lejos de la ciudad.

¹ Civilización descendiente de los humanos que lograron escapar al espacio luego de la Gran Guerra. Tenían como plan la supervivencia de la raza humana.

Dos señoritas aparecieron y nos entregaron las mochilas de oxígeno que usaríamos durante el recorrido. Mientras explicaban el modo de usarlas, yo solo miraba a la ventana. Jamás había contemplado algo similar. El cielo naranja y gris. A lo lejos, tierra seca y árida, muy distinta de la ciudad capital. Roselia también miró por la ventana y dijo: “Esto es lo que hicimos los humanos y solo nosotros lo solucionaremos”.

Luego, me miró fijo a los ojos y sonrió. En serio era muy hermosa. Cabello violeta y sonrisa brillante. La conozco desde los doce años y desde ese momento estoy enamorado de ella. Ya pasaron cuatro años. Creo que estamos destinados a estar juntos.

...

El tren avanzaba. Solo veíamos lo que dejamos como recuerdo de nuestra avaricia. “La gran guerra” solo trajo destrucción y sufrimiento. Habíamos aniquilado al ochenta y siete por ciento de las especies de seres vivos del planeta, entre flora y fauna. Por si eso fuese poco, dejamos el océano agonizante.

Sobrevivimos con agua de ciertas lagunas, ya que algunos ingenieros y científicos descubrieron el modo de convertir el agua contaminada de la lluvia en agua potable. Ahora solo usamos energía limpia y pura. Estamos haciendo las cosas bien. Enmendamos los errores del pasado. Es lo que hacemos como una nueva generación de humanos más “avanzados”.

En ocasiones me pregunto qué tan horribles eran las personas del pasado. A ellos no les importaba la sobreexplotación de los recursos naturales. Pensar que existía gente de esa calaña, cuyo egoísmo llevó a casi aniquilar la Tierra con una guerra sin sentido, me generaba rabia y pena al mismo tiempo.

El reciente hallazgo de una ciudadela que estuvo habitada por nuestros predecesores era interesante como materia de investigación. Había humanos que, con lo poco que tenían, lograron sobrevivir por generaciones.

Actualmente, solo nosotros, los ciudadanos “Terranova”, somos los únicos humanos que existen. El aire fuera de los domos está tan contaminado que es imposible respirar sin un equipo especial.

Esperaba devolver al mundo la vida que le quitamos.

1.2 La ciudadela

Llegamos a un domo octagonal. Era mucho más pequeño que el de la ciudad principal, pues incluso los bordes brillaban desde lejos. El tren ingresó a otro túnel y luego de diez segundos se detuvo. Las compuertas se abrieron y bajamos de los vagones. Había un edificio de quince pisos, con ramas y plantas en su interior. Nos ubicamos en un patio rodeado de tubos y máquinas de los investigadores.

Sentía mucha curiosidad por recorrer la ciudad. Entonces, una mujer de traje blanco apareció y dijo: "Deben ordenarse en grupos de seis para ingresar a la zona de investigación. Cada grupo será guiado todo el tiempo por uno de nuestros especialistas".

Nos formamos de la manera que nos indicaron. Junto a Roselia había una pareja de ancianos que se acercaron y se presentaron. Somos Mijael y Roman, seremos la pareja de ancianos cascarrabias que les tocó, si no es mucho problema. Luego, un hombre joven se aproximó y se presentó: “Soy Thomas, ingeniero de especies, un gusto”. Tras eso, una señorita de cabello largo y rubio también se introdujo: “Mi nombre es Katiana, soy enfermera del hospital del sector este”.

Roselia nos introdujo como una pareja de estudiantes de dieciséis años que desean convertirse en biólogos marinos para recuperar el océano contaminado.

Una mujer de blanco se posicionó delante y dijo: Buenos días, soy Edith, seré su guía por la ciudad. Como sabrán, ha sido descubierta hace poco más de tres meses, sin embargo, se hicieron tareas de restauración para crear una nueva ciudad temporal y expandir el territorio. Estamos ahora en lo que fue la ciudad de la luz, París. Tal vez no la puedan ver como se encuentra en los registros. Luego de la guerra, toda Europa fue absorbida por la bomba atómica ‘OCTA’². Hoy no solo será un tour, también aprenderemos sobre nuestros antepasados y sus ambiciones que les llevaron a colapsar el sistema de vida que teníamos. No se preocupen. Un guardia nos acompañará.

Mientras nos dirigíamos a la salida del domo para iniciar el tour, Roselia conversaba con la pareja de ancianos y les preguntó hace cuánto se conocían y cómo descubrieron que eran el uno para el otro.

La plática era amena y me animé a conversar con Thomas y Katiana. Eran muy agradables. Thomas tenía veinticinco años, con una barba ordenada y algunas cicatrices en los brazos; Katiana tenía treinta y seis años.

Cuando llegamos al inicio de un ducto, nos dijeron que debíamos colocarnos las máscaras. El aire a partir de aquí todavía es tóxico, dijo Edith.

Roselia me dijo “Espero que alguna vez seas tú el que nos presente como novios”. Me sonrojé, no supe qué contestar. La amo desde que la conozco. Es una mujer dulce e inteligente, algo obstinada cuando tiene objetivos, aunque siempre apoya a las personas más débiles.

En lo único que pensaba era en ella y su afán por salvar el océano. Tal vez sin sus objetivos yo estaría perdido y no sabría qué hacer. Incluso este viaje fue idea suya. Siempre toma las mejores decisiones. Estoy enamorado. En ocasiones suelo fantasear algunos escenarios: encontramos algún sitio recóndito lleno de vegetación y animales que podrían compararse con el jardín del edén. Estaba completamente seguro de que nuestro amor bastaría para restablecer el orden natural de las cosas.

Al acabar el ducto, vimos algo que jamás pensé ver en mi vida: edificios con muchos años de antigüedad. Sin embargo, algunos estaban rodeados de plantas. Pensé que las plantas ya no podían crecer sin algún tipo de asistencia. Roman comentó al grupo: “Mi abuelo era de Francia, finalmente puedo conocer el mundo de donde vengo”. Tras eso, se echó a llorar. Mijael lo consolaba. Eran lágrimas de emoción. No eran los únicos, ya que Roselia quedó anonadada. Es tan hermosa incluso así, cuando algo le sorprende. Dio una vuelta completa y alzó los brazos. Uno de los gestos que recordaré por siempre.

² Bomba atómica responsable de, al menos, la muerte de setecientos millones de personas.

Edith empezó su diálogo:

“El 25 de mayo de 2209, el imperio de Britania entró en conflicto con la gran unión de la reforma humana (Russia, Kazakhstan, China, Japón, la Gran Corea, India y los Países Árabes Unidos) por lo que quedaba del resto del continente Americano, que tras agresivos ataques nucleares, quedó destruido, reducido a cenizas. Para ganar este conflicto, el imperio de Brittania desarrolló un arma capaz de atravesar millones de kilómetros. La bautizaron como “Reina de espadas”. A la Unión Europea no le hizo gracia y mandó a destruir su ciudad central. Por ello, el Emperador William V decidió que era momento de usar su arma contra las fuerzas enemigas. Apuntaron a Berlín, una de las principales ciudades del enemigo y el estallido fue tal que miles de millones murieron en un solo instante. El centro de Europa quedó devastada y, con ello, miles de años de historia y desarrollo humano. Ocurrió en una fracción de segundo. Los registros afirman que el blanco en el que impactó la bomba ardió tanto como el mismo sol. El daño estaba hecho, no solo murieron las personas alcanzadas por el arma, sino que los sobrevivientes a esta perecieron luego, poco a poco, debido a la radiación. Algunos países aún tenían sus territorios intactos, pero las fuerzas de Britania y otras uniones de países acabaron con los sobrevivientes. En algunos casos hasta los tomaron como esclavos.

Ahora estamos en París, la legendaria ciudad que alguna vez fue cuna de las ideas más revolucionarias. Hoy no es más que un triste recuerdo de lo violento que podemos ser los humanos y lo fatal que es la guerra. Al final, el daño se extendió y cubrió los territorios de todas las potencias mundiales y acabó con el planeta.”

Hizo una pausa en la historia y pidió mirar el cielo. Con nuestros ojos hacia arriba, Edith continuó: *“Antes, el color del cielo era celeste; hoy lo tenemos naranja por las partículas radiactivas producto del desastre”.*

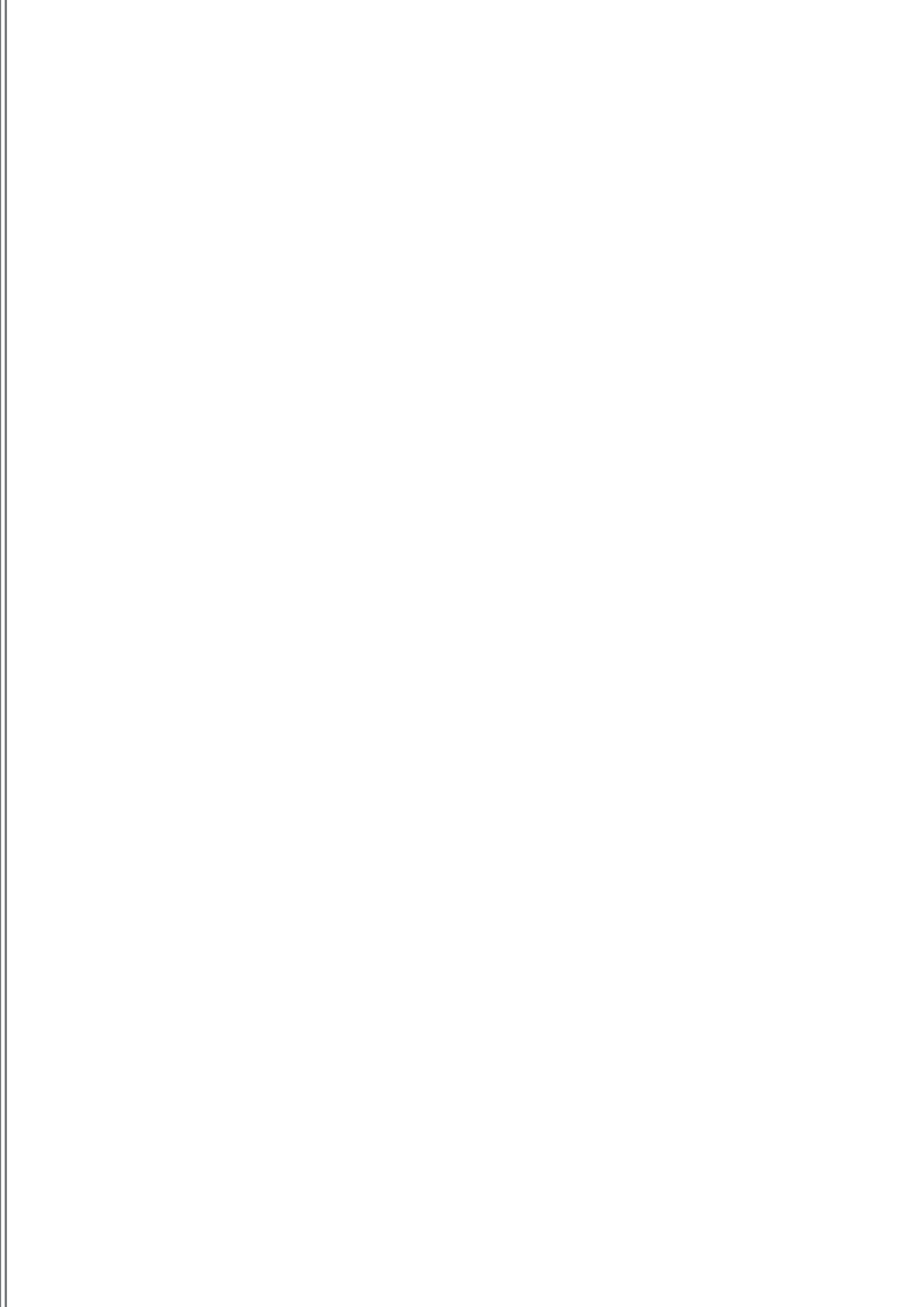
Edith detuvo al grupo y, a continuación, observamos algunas plantas que nacieron luego de la hecatombe. No son plantas aptas para el consumo. Es increíble el modo en que la naturaleza renace. Mientras descansamos, Roselia hablaba con Edith y Mijael. Roman se acercó y me dijo: *“Ya salimos de la ciudad capital, quién lo hubiese creído. Toda la vida en ese domo y ahora estamos aquí”.* *“Sí, tienes razón”,* respondí. *“¿Quieres preguntarme algo, no?”,* dijo Roman. *“Sí, disculpa, quería saber cómo es que descubriste que Mijael era tu pareja de por vida”.* *“Pues nos conocimos en la universidad de botánica del este de la ciudad capital. De hecho, ambos jugábamos en el equipo de softbol y recuerdo haberle golpeado en la cabeza con la pelota. Cuando fui a auxiliarlo me di cuenta que él y yo estábamos destinados para algo. Ahora, henos aquí, más de cuarenta y un años como pareja. Creo que golpearle con esa pelota aquella vez fue lo mejor que pude hacer en mi vida”.*

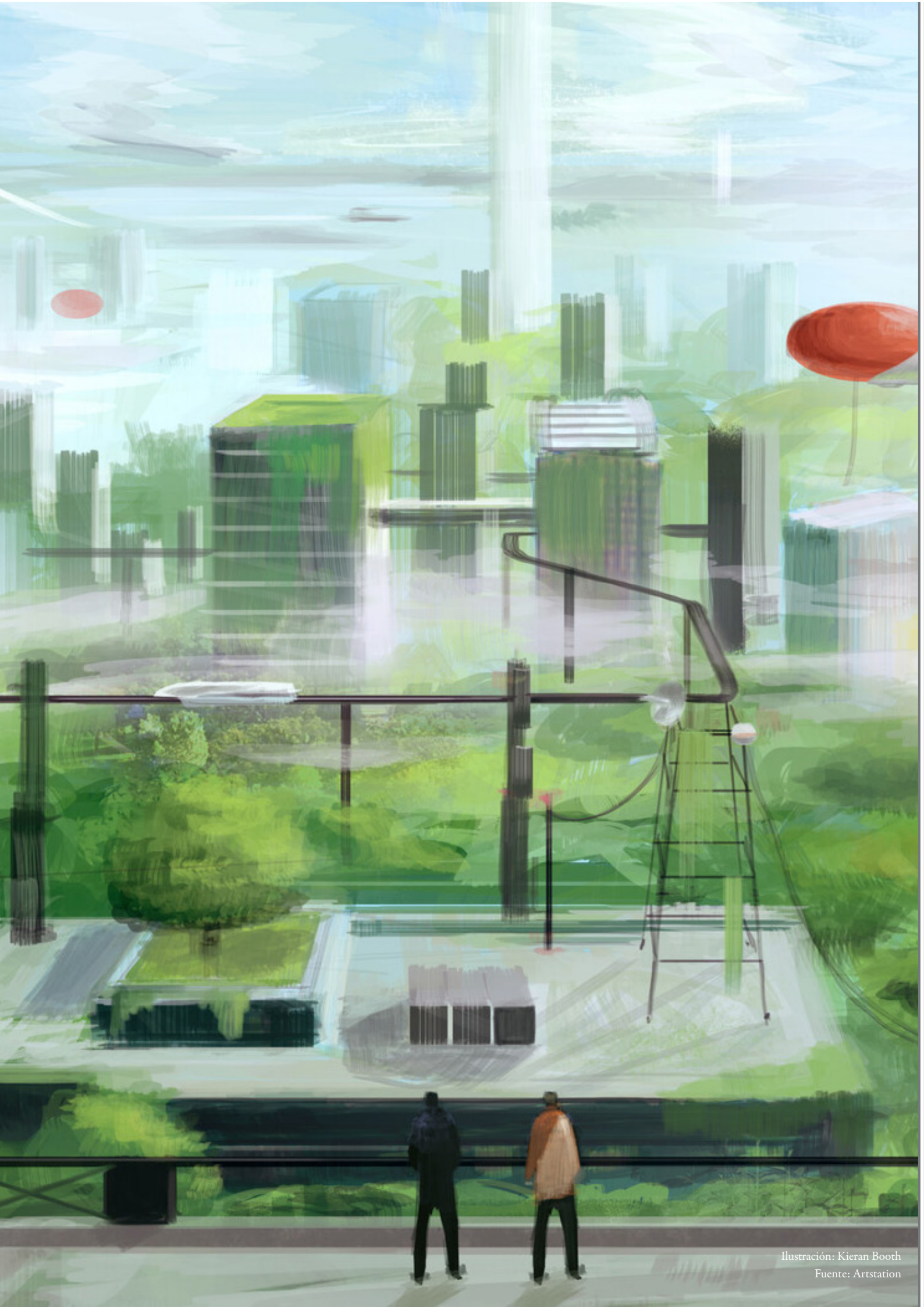
Reímos. Supongo que el día que conocí a Roselia me sentí igual. Desde que llegué a la ciudad capital no hablé con nadie hasta por un año. Un día, en uno de los parques de plantas domésticas, Roselia se me acercó y me hizo oler unas ramas de lavanda. Su cabello era igual de violeta y brillante. *“Soy Roselia, veo que te gustan las flores. A mí igual. Quizás nos llevemos bien”.* Solo respondí: *“Amigos”.*

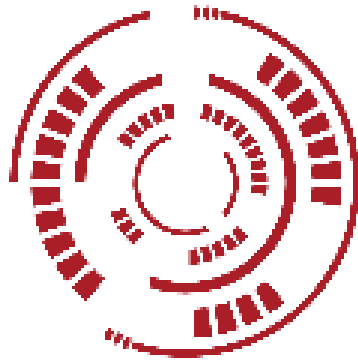
Ella lo interpretó diferente. Pensó que pedía su amistad, pese a no conocernos y, desde ese instante, hacemos casi todo juntos.

En ese momento sentimos un temblor. Se hizo más fuerte. El cielo se encendió, las nubes cambiaron de forma y cinco misiles aparecieron y aterrizaron sobre el domo de la ciudadela descubierta.

[Continuará]







**Creación 2021:
Imaginando el futuro que queremos**

Sobre la Creatión

Se diseñó como un espacio colaborativo, al estilo de una hackatón, para imaginar historias y proponer soluciones innovadoras para la ciudad con el objetivo de repensar Lima a partir de la promesa de una ciudad sostenible, que involucre las visiones de sus ciudadanos en la transformación del espacio urbano que nos lleve al futuro deseado. Asimismo, se trabajó con los siguientes ejes:

- a) Ciudad circular: fortaleciendo las dinámicas del metabolismo urbano.
- b) Ciudad ecosistémica: incorporando el entorno natural al diseño urbano.
- c) Ciudad resiliente: enfrentando los desafíos de la habitabilidad y los riesgos.
- d) Ciudad iluminada: incorporando las energías renovables para una democracia energética.
- e) Ciudad que se mueve: fortaleciendo la integración de la ciudad y la movilidad sostenible.

La dinámica implicó que las participantes cumplan los siguientes retos:

- Reto #1: Visión de ciudad. A partir del eje adoptado, los insumos proporcionados y otras fuentes de información, cada participante propone una visión de futuro para la ciudad.
- Reto #2: Narrativa de futuro. Considerando la visión de la ciudad, cada participante crea una narrativa de futuro.
- Reto #3: Prototipo de solución. Cada participante toma uno de los elementos críticos de su narrativa de futuro y lo trae al presente a través de un prototipo de solución.

Este espacio se implementó en el marco del cuarto Foro “Ciudades Cómo Vamos” en diciembre de 2021. Agradecemos a Lima Cómo Vamos, organizador del Foro, por brindar las facilidades para llevar a cabo esta iniciativa.



Una ciudad más humana

Ximena Bocanegra

Es una mañana soleada en la ciudad de Trujillo. Nada mal para noviembre del año 2040. Claudia, de seis años, sale a comprar unos libros en compañía de su mamá. Ambas montan bicicletas.

Cuando inician el recorrido, no saben exactamente por dónde ir, pues no hay ninguna señalización que les indique la vía más segura. Por ello, deciden inventar su propia ruta. Sin embargo, cuando ingresan a las calles, se dan cuenta que las ciclovías no son continuas y que, además, el transporte público no les permite transitar con seguridad.

Entonces, Claudia tiene un mejor plan: caminar. Pero se pone triste. Se da cuenta que le es muy difícil caminar sobre calles que no están pensadas para los niños. Su mamá la motiva y le propone ingresar a un espacio público muy grande cerca de donde están. Ese lugar se llama “Jardín Botánico”. Quizás ver un poco de Naturaleza y animalitos le pueda hacer sentir mejor.

Claudia se alegra mucho. Piensa que si se vinculan las ciclovías por las que habían venido con ese esplendoroso espacio verde, la ciudad sería mucho más linda.

Regresan a casa felices y pensando: si las ciudades estuvieran pensadas más en los niños, en los ancianos, en las personas con habilidades especiales, ¿sería una ciudad más humana?

Mi eje de trabajo es:
Ciudad que se mueve

Mi visión de ciudad es:

En 2040, Trujillo es una ciudad sostenible, enfocada en brindar medios de transporte amigables con el ambiente a través de la implementación de ciclovías y caminos peatonales y orientada por la participación ciudadana.

Mi solución es:

Un diseño de la ciudad con enfoque de desarrollo orientado al transporte, que nos permitirá contar con ciclovías que incluyan señalizaciones y que estén integradas al sistema de transporte, así como con espacios públicos revitalizados y adecuados caminos peatonales. Se destaca la textura del suelo, los colores y los mobiliarios que distinguen a la ciclovía y limitan el paso del vehículo. Esta idea beneficiaría a toda la población porque brinda medios de transporte más sostenibles y con menos costo de desplazamiento, de modo que también se reduce la emisión de gases de efecto invernadero (GEI).

Lima no es gris, es verde esperanza

Sandra Sachahuamán

En la primera década del 2000, el clima cambió drásticamente. El crecimiento urbano cubría cada vez más áreas de la ciudad de Lima y densificaba otras. Se desplazó la flora y fauna de los ecosistemas existentes. La población aumentó y los ciudadanos necesitaban más lugares para actividades de recreación, cultura y turismo.

Debido a eso, las ordenanzas y leyes de cuidado ambiental se volvieron más efectivas. Hoy, en 2040, los ciudadanos se han organizado para velar por el cumplimiento de estas. La relación con la Naturaleza ha mejorado, pues se han concientizado en cuanto a su cuidado y protección. El gobierno incentivó a todos a participar en la creación de políticas públicas para el cuidado de los ecosistemas naturales y urbanos, por lo que el 5 de junio de cada año celebramos el “Día de la biodiversidad Limeña”, junto con el Día mundial del medio ambiente.

El húmedo invierno limeño no pasa desapercibido. Las lomas costeras se tiñen de verde y se visualizan, a lo lejos, unas flores amarillas: las flores de Amancaes. Las comunidades asentadas, producto de invasiones, fueron reubicadas. La fauna silvestre puede apreciarse más allá. Si vamos hacia el Sur, se oirán y verán a las aves migratorias que se trasladan hacia los Pantanos de Villa. La calidad del agua de los estanques ha mejorado y ha permitido el retorno de especies que, por varios años, habían dejado de venir. La Costa Verde...¡finalmente es verde!

La municipalidad convocó a concursos públicos para lograr un sistema eficiente de riego en acantilado con el adecuado tratamiento paisajístico y urbano, infraestructura verde y uso de los sistemas inteligentes como los sensores de monitoreo. Lima se volvió una ciudad verde, inteligente y sostenible. Las lomas costeras, pantanos, parques urbanos y rivera de los ríos se han vuelto imagen de nuestra ciudad. Somos finalistas para ocupar el primer lugar en los mejores destinos para visitar en el mundo.

En unos días entregarán los resultados. Espero que lo logremos. Lo merecemos. Hubo mucho esfuerzo.

**Mi eje de trabajo es:
Ciudad ecosistémica**

Mi visión de ciudad es:

En 2040, Lima es una ciudad sostenible, inteligente, amigable con el ambiente, que protege sus ecosistemas, reconoce los servicios ecosistémicos que ofrecen y promueve la creación de áreas verdes. Se enfoca en brindar mejor calidad de vida a la población mediante normas que fomenten la conservación, protección y promoción de los ecosistemas naturales y urbanos, que contribuye a la lucha contra el cambio climático.

Mi solución es:

Una red de aprovechamiento del agua que incluye el diseño de atrapanieblas y sensores *in-situ*, plantas de tratamiento de aguas residuales y un sistema de riego sostenible que ponga en valor los canales prehispánicos Surco y Huatica. Nos permitirá contar con corredores verdes para capturar el carbono del aire y embellecer la ciudad.

Jóvenes transformando el futuro

Maricielo Vera Odar

–Antes esto era inimaginable, Scarlett –dijo la madre cuando estaban sentadas en el nuevo y moderno medio de transporte interprovincial, “SagivoTrain”.

Trasladarse de una ciudad a otra en el interior del país, de forma eficiente y segura, era sorprendente. Scarlett no podía creer que hace muchos años hubieran tardado tres días en llegar a Lima. Aprovechar el viaje, presentar el proyecto STEM y regresar ahora lo podían hacer el mismo día. De todos modos, llegarían temprano a casa.

En su juventud, los padres de Scarlett formaron parte de un proyecto en el que, con muchos jóvenes, decidieron cambiar el futuro de la ciudad al trabajar en SagivoTrain, transporte en el que Scarlett, tras mucho esfuerzo, podía disfrutar de una vista asombrosa. Los paisajes peruanos de distintas culturas la hacían sentir feliz y orgullosa de pertenecer a un país como Perú. La facilidad con la que se abordaba este medio de transporte también era impresionante, ya que no solo permitía que trabajadores y estudiantes se trasladaran, sino también muchos extranjeros quienes, al tratar de hablar el idioma, divertían a Scarlett y a su madre.

Ellas viajaban con la intención de presentar el proyecto STEM de Scarlett, el cual estaba enfocado en la creación de un dispositivo robótico que ayudaría a las personas con discapacidad visual para que pudieran trasladarse con mayor facilidad en las calles. Scarlett estaba emocionada porque ella tenía no solo la oportunidad de presentar su trabajo, sino también la posibilidad de subvencionar su carrera profesional si resultaba ganadora.

El Perú se había transformado en un país que continuamente buscaba la mejora en áreas de la salud, ciencia, tecnología e ingeniería, puesto que se consideraban vitales para el crecimiento social y económico. Aquello brindaba mayores oportunidades a los jóvenes, quienes tenían el deber de transformar su propio futuro para bien. Scarlett sonrió y respondió:

–Sí, madre. Algún día también crearé soluciones inimaginables a favor de mi país.

Mi eje de trabajo es:
Ciudad que se mueve

Mi visión de ciudad es:

En 2040, Lima es una ciudad ordenada, ecológica, inclusiva, enfocada en favorecer una cultura de innovación vinculada con el transporte descentralizado a través de la unión de personas que busquen la mejora continua de la ciudad y que aproveche la ciencia y tecnología disponibles.

Mi solución es:

Un transporte basado en tubos altamente resistentes, que sean capaces de llevar en su interior a un tren con la capacidad de transportar entre 100 a 200 personas en un solo recorrido. Nos permitirá trasladar y conectar a los usuarios de distintos departamentos del país.

En busca del horizonte

Maria Pia Monteverde

En algún lugar de Latinoamérica existe una ciudad bastante densa conformada por edificaciones verticales construidas sobre varias plataformas que se comunican mediante un sistema de ascensores urbanos. Todos estos elementos están contenidos dentro de una gran estructura hecha de un material similar al metal y resistente a diversos tipos de clima y movimientos telúricos. Esto permite que existan espacios públicos, viviendas, comercios y otros equipamientos urbanos en cada uno de los niveles para satisfacer las necesidades de una población numerosa y diversa.

Emilia vive con su padre, Víctor, en una de las plataformas de la ciudad. Cada una tiene módulos de tamaño estándar y juntas pueden formar varias edificaciones como viviendas, restaurantes y centros comerciales. Los módulos se adaptan a la estructura soporte y funcionan como un sobretodo en caso de sismos. El módulo en el que vive Emilia es uno de los más pequeños de la plataforma y está ubicado en el nivel noventa y dos. Diariamente, Emilia debe trasladarse con su padre al colegio que está en el nivel uno. Es un largo camino de bajada que, a modo de película en retroceso, le muestra todo lo que sucede en las demás plataformas.

El momento preferido de Emilia es cuando llega al primer nivel.

Todos los días, a primera hora de la mañana, Teo, el encargado del mantenimiento del ascensor B-48, observa a Emilia y a su padre cuando hacen el largo recorrido del nivel noventa y dos al nivel uno. Siempre le ronda la misma pregunta por la mente: ¿por qué elegir un colegio tan lejano a la plataforma en la que habitan?

Teo estaba intrigado. Era inusual para los ciudadanos movilizarse entre numerosas plataformas. Su curiosidad era tal que, esta vez, decidió inventar una excusa lo suficientemente sólida para quedarse con ellos durante el trayecto y averiguar el motivo por el que hacían ese recorrido. Teo sabía que iban al nivel uno, ya que siempre los veía pulsar el código para ese nivel, pero nunca los había acompañado, puesto que sus labores terminaban en el nivel setenta y ocho, lugar en el que le sustituía otro compañero.

Llevó todas sus herramientas y fingió que había que hacer mantenimiento ese día hasta el nivel uno. Teo bajó con ellos y, cuando el ascensor se detuvo, se sorprendió con lo que vio. La plataforma sólo existía sobre su cabeza y la base de la misma era una plataforma infinita que se perdía en el horizonte, en la que campos de cultivo y zonas verdes se prolongaban por kilómetros y kilómetros. No había abismos ni límites. Una sensación de libertad y de inmensa felicidad se apoderó de Teo y salió corriendo como un niño fuera de los límites del techo que formaba la plataforma. A lo lejos, Emilia y su padre también corrían al colegio que quedaba a las afueras.

Teo ya no necesitaba preguntar por el largo viaje de Emilia y Víctor. Más allá, como un límite infinito, estaba el mar.

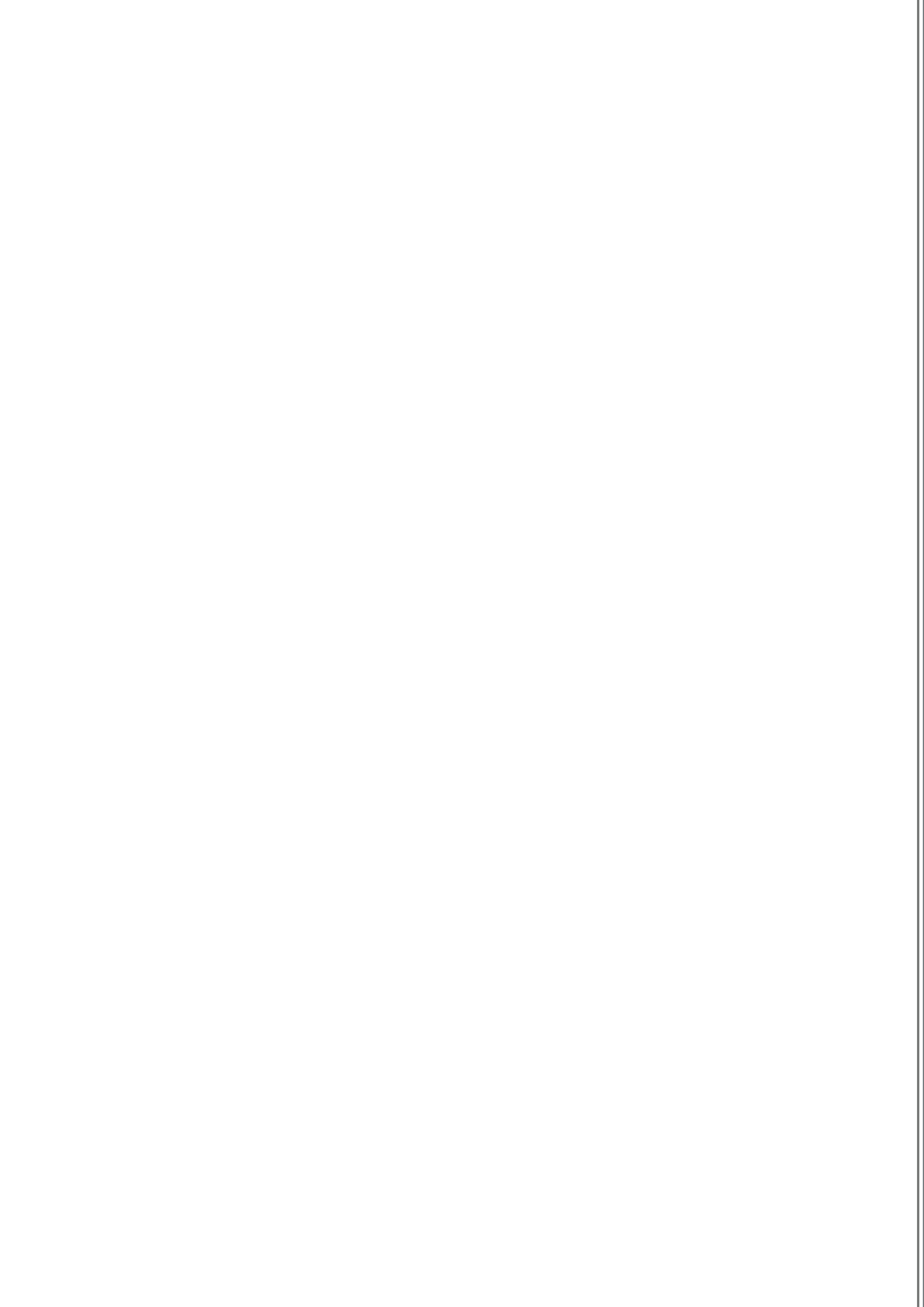
**Mi eje de trabajo es:
Ciudad resiliente**

Mi visión de ciudad es:

En 2040, Lima es una ciudad sostenible, accesible en todas sus escalas y, sobre todo, con capacidad de adaptarse a eventos como pandemias, densificación habitacional y contaminación. Está enfocada en brindar servicios e infraestructura para todas las personas sin importar su condición, orientados por el principio de inclusión y diseño universal. Los diseños se aprueban a través de espacios de diálogo físicos o virtuales en los que los ciudadanos se encuentren, opinen y se sientan identificados con su ciudad.

Mi solución es:

Un sistema de edificación que contiene plataformas a distintos niveles, con espacios públicos entre cada uno y con un ascensor que permite movilizarse entre éstos. Permite dar vivienda a una gran cantidad de población sin sacrificar espacio horizontal. Está construido con un material antisísmico.



Biodatas de los autores

Tatiana Migliani (Montevideo, Uruguay)

Estudia Relaciones Internacionales. Mención especial en “Movida Joven 2021” y en el concurso “Vuelta al libro en 80 cuentos”.

Javier Valderrama Fontecilla (Santiago, Chile)

Guionista y novelista conocido por su película “Volantín cortao”, galardonada con el Premio del Público en el Festival Internacional de Cine de Valdivia 2013; la novela “El arca”, primer lugar en los International Latino Book Award 2021 como mejor novela de ciencia ficción; y la novela “Animales Salvajes”, condecorada con mención honrosa a la mejor novela de ciencia ficción en los International Latino Book Award 2022. Es miembro activo de la Asociación Chilena de Ciencia Ficción y Fantasía (ALCIFI).

Marycielo Valdez Sanchez (Lima, Perú)

Estudió Ciencias Políticas y un Máster en Ética para la construcción social. Ha vivido compartiendo con animales en Villa El Salvador, así como aprendiendo a amar, forjar esperanza y justicia en la humanidad. Gracias a sus estudios ha trabajado por un servicio público con integridad y en proyectos de responsabilidad ecosocial y calidad en la educación.

Kevin Edson Collado Espinoza (Lima, Perú)

Creador de la revista de poesía Qkatarsis en 2016. Actualmente dirige “El Pez de Maíz”, cuenta de difusión cultural en Instagram. Es miembro activo de la editorial Cactácea Cartonera. Ha sido antologado en el poemario Luminosa Catástrofe. Homenaje a Juan Ramírez Ruiz (2020) de la editorial Rata Esquizofrénica. Participó en Todos Nosotros, fanzine de La Verhs Literaria (México, 2021) con el poema “Hambre y sed de poesía”. Mención honrosa en el primer concurso de poesía de la Revista Vitalidad (2021). Autor de los libros inéditos Amapolas, Cuentos para despertar y ABCdario.

Ronald Polo (Peruano en Toronto, Canadá)

Estudiante de tecnologías ambientales en Canadá. Busca informar a las personas sobre temas ambientales y culturales a partir de historias de ficción. Llevó cursos de guion en animación y escritura creativa. Es co-autor del monólogo “Jimmy en la oscuridad”, el cual fue expuesto en el evento “Monologando” del Club de Teatro de Lima en 2021.

Sebastián Octemio Castro Romero (Lima, Perú)

Estudiante de Comunicación Audiovisual. Ama las plantas y el cine. Tiene un texto publicado en Wattpad con el título “Mike”, que trata sobre un adolescente que se escapa de su casa. Desde pequeño se ha sentido atraído por las grandes historias que ha visto en la televisión y ahora, de grande, desea ser parte de ese mundo.

Ximena Bocanegra Rengifo (Trujillo, Perú)

Arquitecta titulada por la Universidad Privada Antenor Orrego (UPAO). Magíster y actual estudiante de Doctorado en la Universidad Nacional de Trujillo (UNT). Docente en la Universidad Tecnológica del Perú (UTP).

Sandra Elisa Sachahuamán Sánchez (Lima, Perú)

Arquitecta urbanista, maestra en arquitectura y sostenibilidad. Especialista en desarrollo urbano sostenible, planeamiento integral, habilitaciones urbanas con la aplicación de conceptos de infraestructura verde, Soluciones basadas en la Naturaleza y Smart City. Promotora de los ODS y activista ambiental, docente universitaria especializada en el desarrollo de competencias educativas orientadas al cumplimiento de medidas de adaptación y mitigación al cambio climático. Líder, expositora y capacitadora de acciones medioambientales.

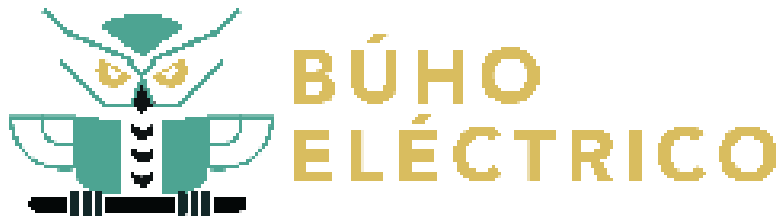
Maricielo Vera Odar (Lima, Perú)

Estudiante de la carrera de Ingeniería Industrial en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). Voluntaria en Salto Perú, en el área de Gestión Organizacional. Ha participado en distintos programas de formación en idiomas, ciencia, tecnología e ingeniería.

Maria Pia Monteverde Zenozain (Lima, Perú)

Arquitecta, especialista en Accesibilidad en Arquitectura. Trabaja en temas relacionados con la mejora de la accesibilidad e inclusión en la ciudad.

Proyecto gestionado por:



Editorial independiente peruana enfocada íntegramente en la producción, corrección y edición de textos con temática ambiental y climática. Buscamos promocionar y visibilizar autores vinculados a la agenda de sostenibilidad en español, especialmente en Latinoamérica.

¿Te interesa escribir y publicar un libro con nosotros?

Escríbenos a editorialbuhoelectrico@gmail.com

Visita <https://buhoelectrico.com/>